



La historia de los tres cerditos

Ilustrado por Daniel Gómez & Traducido por Pedro Lama

19

*Había una vez cerdos que hablaban en rima
Y monos que mascaban tabaco,
Y gallinas que tomaban rapé para ponerse fuertes,
Y patos que decían cua, cua, ¡ob!*

Érase una vez una cerda vieja que tenía tres cerditos, y como ella no tenía lo suficiente para mantenerlos, los mandó por el mundo a buscar fortuna. El primero en marcharse se encontró con un hombre que llevaba un saco lleno de paja, y le dijo:

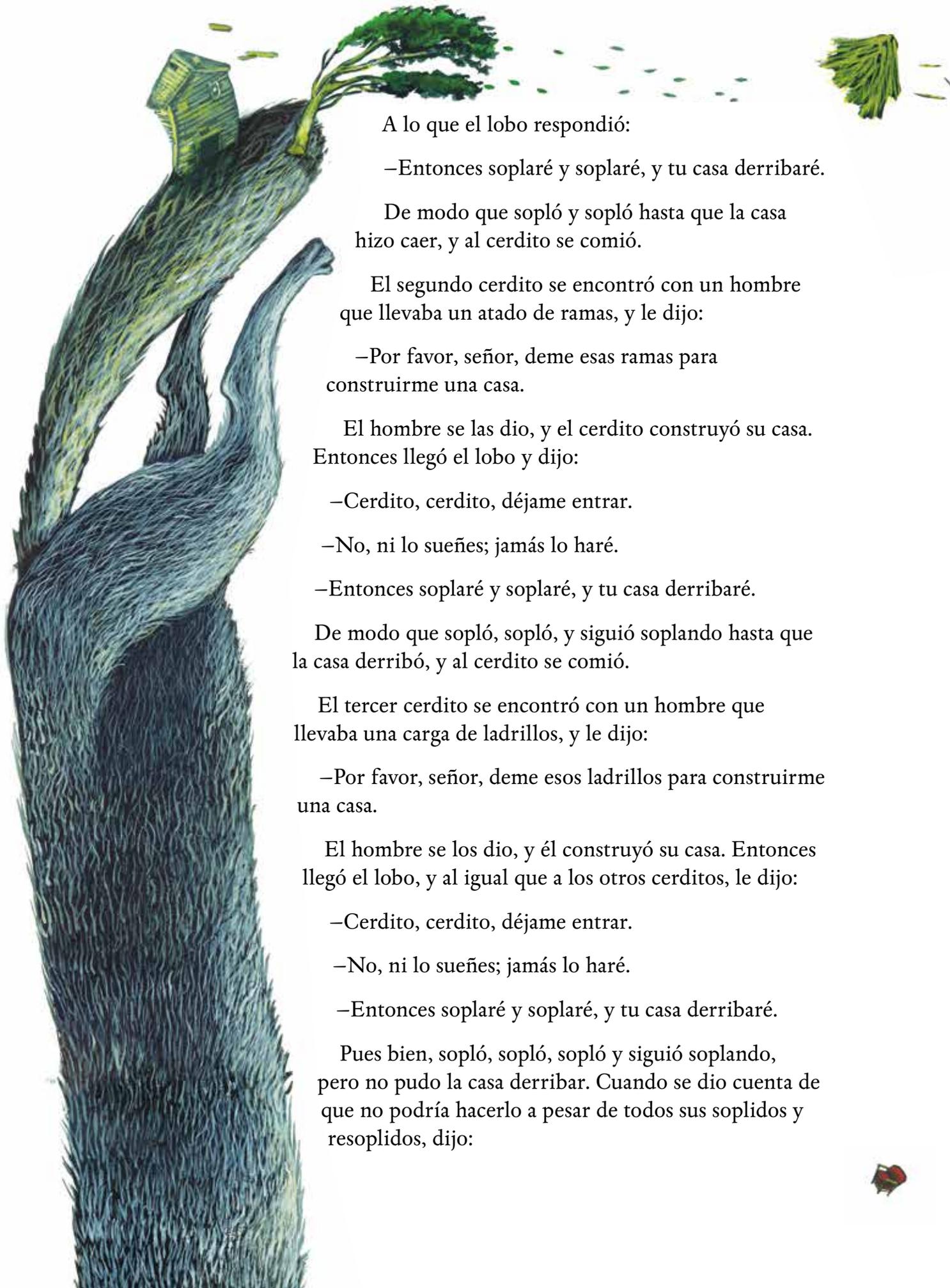
–Por favor, señor, deme esa paja para hacerme una casa.

El hombre se la dio, y el cerdito se construyó una casa. Entonces llegó un lobo, llamó a la puerta y dijo:

–Cerdito, cerdito, déjame entrar.

El cerdito le contestó:

–No, ni lo sueñes; jamás lo haré.



A lo que el lobo respondió:

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

De modo que sopló y sopló hasta que la casa hizo caer, y al cerdito se comió.

El segundo cerdito se encontró con un hombre que llevaba un atado de ramas, y le dijo:

–Por favor, señor, deme esas ramas para construirme una casa.

El hombre se las dio, y el cerdito construyó su casa. Entonces llegó el lobo y dijo:

–Cerdito, cerdito, déjame entrar.

–No, ni lo sueñes; jamás lo haré.

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

De modo que sopló, sopló, y siguió soplando hasta que la casa derribó, y al cerdito se comió.

El tercer cerdito se encontró con un hombre que llevaba una carga de ladrillos, y le dijo:

–Por favor, señor, deme esos ladrillos para construirme una casa.

El hombre se los dio, y él construyó su casa. Entonces llegó el lobo, y al igual que a los otros cerditos, le dijo:

–Cerdito, cerdito, déjame entrar.

–No, ni lo sueñes; jamás lo haré.

–Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré.

Pues bien, sopló, sopló, sopló y siguió soplando, pero no pudo la casa derribar. Cuando se dio cuenta de que no podría hacerlo a pesar de todos sus soplidos y resoplidos, dijo:



–Cerdito, yo sé dónde hay una magnífica plantación de nabos.

–¿Dónde? –preguntó el cerdito.

–Ah, en la huerta del señor Smith. Si estás listo mañana por la mañana, pasaré a buscarte para que vayamos juntos a coger unos cuantos para la cena.

–Muy bien –dijo el cerdito–, estaré listo. ¿A qué hora quieres ir?

–A las seis en punto.

Pues bien, el cerdito se levantó a las cinco y fue a buscar los nabos antes de que llegara el lobo, que lo hizo a eso de las seis y preguntó:

–Cerdito, ¿estás listo?

El cerdito dijo:

–¡Listo! Ya he ido y regresado, y tengo una buena olla para la cena.

Esto enfureció al lobo, pero pensó que engañaría al cerdito de una u otra manera, de modo que dijo:

–Cerdito, yo sé dónde hay un gran manzano.

–¿Dónde? –preguntó el cerdito.

–Allá en el Jardín Feliz –contestó el lobo–. Y si no me engañas, vendré a buscarte mañana a las cinco para que vayamos a buscar unas manzanas.

Pues bien, a la mañana siguiente el cerdito se apresuró a levantarse a las cuatro en punto, y fue a buscar las manzanas, esperando regresar antes de que el lobo llegara; pero esta vez tenía un camino más largo que recorrer y, además, tenía que trepar a un árbol. Justo en el momento en que se estaba bajando de él, vio al lobo venir. Como habrás de suponer, esto lo asustó muchísimo. Cuando el lobo estuvo cerca, dijo:

–¡Ajá, cerdito! ¿Has llegado antes que yo? ¿Están buenas las manzanas?



–Sí, muy buenas –dijo el cerdito–. Te tiraré una.

Y la tiró tan lejos, que mientras el lobo iba a buscarla, el cerdito bajó del árbol de un salto y volvió corriendo a su casa. Al día siguiente, el lobo regresó y le dijo al cerdito:

–Cerdito, hay una feria en Shanklin esta tarde, ¿quieres ir?

–Claro que sí –dijo el cerdo–. Iré. ¿A qué hora estarás listo?

–A las tres –dijo el lobo.

El cerdito se marchó antes de la hora acordada, como siempre. Llegó a la feria y compró un barril de manteca. Cuando iba de regreso a casa, vio al lobo venir. No supo qué hacer. Entonces se metió en el barril para esconderse, y al hacerlo, lo hizo girar, y el barril rodó colina abajo con el cerdo adentro. Esto asustó tanto al lobo, que regresó corriendo a su casa sin ir a la feria. Luego fue a casa del cerdito y le contó cuánto lo había asustado una gran cosa redonda que bajó a toda velocidad por la colina. Entonces el cerdito dijo:

–¡Ajá! Entonces yo te he asustado. Fui a la feria y compré un barril de manteca. Cuando te vi, me metí en él y rodé colina abajo.

El lobo se puso terriblemente furioso y pensó que se comería al cerdito metiéndose por la chimenea para atraparlo. Cuando el cerdito se dio cuenta de las intenciones del lobo, colgó una olla llena de agua y encendió un fuego abrasador. Justo cuando el lobo estaba bajando, quitó la tapa, y dentro cayó el lobo. El cerdito enseguida volvió a poner la tapa, lo coció y se lo comió para la cena.

Y vivió feliz para siempre.

